

J. Olivares y N. Munuera representan dos de los mejores ejemplos de la abstracción valenciana actual. Tras la entrevista que, con motivo de la inauguración de sus exposiciones «Gramática del azar» y «Llegando a Xuwan» concedieron a este suplemento, retomamos el pulso a su obra reciente que puede verse en las galerías Valle Ortí y Tomás March.



## Improvisaciones cromáticas Juan Olivares

Galería Valle Ortí / Caja Rural (Torrent)

Ricardo Forriols

No miento si digo que desde el fondo de la galería nos llega el abigarrado lujo radiante con el que se muestra *La tortuga de Huysmans*, sin duda uno de los mejores cuadros que ha pintado Juan Olivares (Catarroja, 1973). Tampoco al señalar que en él está concentrado, como en los mejores caldos, todo lo que hemos ido aprendiendo de su pintura, que no es poco, digamos, en los últimos diez años. A su lado, otros cuadros no menos estudiados como *Los músculos de las nubes* y *Pensar el día* nos dan también las claves de sus últimos pasos y cómo ha ido ampliando todavía más el espectro cromático —en esta última serie con los morados y cobrizos, todo un acierto— así como el registro de las manchas, el spray, los trazos directos del tubo, los barridos matéricos o los restos salpicados, si acaso más contrastados por la presencia de estas obras más cargadas junto con otras de carácter sintético (*Mecanismo del azar*) que nos recuerdan las telas de fondo blanco de los noventa.

Aquí está la cercanía cada vez más patente, en los títulos, de Olivares con la poesía —imposible no referenciar la cita

a Sabina en *Palomas de humo* o Gil de Biedma en *Cacaseño* o Leonard Cohen en *Los músculos de las nubes*— y su insistencia en idear los cuadros tan cerca de las composiciones musicales. Cada uno podría ser una improvisación surgida del azar y pautada, sus arreglos jazzísticos, en un proceso que se nutre de lo cotidiano y las derivas urbanas, del paseo y del deslumbrante lujo de idear por un instante, como cuadro, pequeños y grandes encuentros como aquella tortuga de Huysmans —aunque en realidad era de Des Esseintes, en *Contranatura*—, bañada en oro e incrustado todo su caparazón de piedras preciosas, merodeando sobre una alfombra oriental, amarilla y violeta, en medio de un salón cerca de París hace tanto tiempo en la literatura.

Por lo demás, esta *Gramática del azar* se completa con otra muestra en Torrent de trabajos sobre papel, una faceta que desde hace tiempo viene desarrollando Olivares y que le permite ensayar en paralelo todo tipo de encuentros, los mismos que ahora completan y parecen ampliar su catálogo, avisando de nuevas variaciones y posibles perspectivas. De seguro que las veremos a su vuelta de cazar relámpagos en Nueva York.

## Campos de color

# Nico Munuera

Galería Tomás March

R. Forriols

Van quedando atrás aquellos días en los que el compositor Morton Feldman y el pintor Mark Rothko paseaban juntos por las salas del Metropolitan Museum de Nueva York. Empezamos por aquí porque Feldman dedicará varias de sus composiciones a amigos pintores del expresionismo abstracto (Pollock, De Kooning, Guston o el propio Rothko) atraído por la representación pictórica de lo sublime en sus cuadros; la misma idea que servirá a Barnett Newman («Lo sublime es ahora», 1948) para establecer diferencias entre lo que sucedía en Europa y los Estados Unidos a finales de los años cuarenta. Y empezamos por aquí porque Nico Munuera (Lorca, 1974), en estos días en Nueva York, parece que ha descubierto impactado el *Vir heroicus Sublimis*, el rotundo cuadro de Newman que reina en el MoMA junto con varios rothkos, obras de Robert Ryman o Helen Frankenthaler.

En cierto modo y sin exagerar, ese encuentro se ha reproducido aquí para los visitantes a su última exposición, especialmente en lo que respecta a la potente presencia del triptico central, *The big*

*Slam*, que está dejando mudo a más de uno. De gran formato y armado en negros, rojos y verdes amarillos, la obra transmite toda la potencia reflexiva de los campos de color, generando una superficie silenciosa que atrapa e invita a la contemplación, a detenerse y a valorar los bordes y perfiles donde se monta la pintura. Junto a éste, el resto de trabajos recientes insisten en lo atmosférico y un esquema compositivo característico de la pintura de Munuera: esa divisoria horizontal, a veces sinuosa y múltiple, siempre suave, sobre la que se han dicho tantas cosas que podría ya dar lo mismo si horizonte o mar, ni paisaje ni atardecer, quizás el resqueño por donde se escapa la mirada; y sólo siempre pintura, conjugaciones de color, tono, intensidad, luz, transparencia.

Además, el regreso de Nico Munuera al escenario valenciano se completa con una *suite* de trabajos sobre papel japonés, un ejercicio de manchas —más a lo Frankenthaler que oriental— que le sirve para dar título a la muestra y mediante el que intenta transmitirnos la dificultad de llegar al *xuwan*, ese difícil estado de muñeca vacía y perfecta para realizar el gesto suelto de la pintura, su pintura, diremos, de cada día.



## VERSUS OMNIA

### Zapatero a tus zapatos

Joan Verdú

No voy a traer aquí el viejo y manido juego de palabras sobre el presidente del gobierno. El conocido refrán me sirve de buen título para el tema que se va a tratar: zapatero a tus zapatos.

Todo viene de una vez en que Emili Piera escribió en su columna que ahora ya opinaban hasta las porterías y los pintores. Lo de las porterías lo decía por la portera de Fernando Delgado y lo de los pintores, naturalmente, por este que viste y calza.

Yo me piqué (algo), no mucho la verdad (pero sí algo) y lo dejé correr. En cuanto a las porterías

su segunda actividad ha sido desde siempre la de opinar (la primera ha sido la de chafardear), esto aparte de guardar las llaves y tener la escalera como los chorros del oro.

Los pintores en cambio, bien es cierto, nunca hemos tenido entre las nuestras (pobrecitos) la de opinar. Los escritores, los sociólogos, los políticos y otras hierbas siempre tienen que decir la suya sobre lo que se tercie. Hay un sociólogo por ejemplo, que se llama Amando de Miguel que es un tío listo que sabe de lo que le echen: de economía, de economía; de toros, de toros; de putas, de putas; lo que sea, macho.

Dejando aparte a estas otras especies de opinadores y centrándonos en el mundo de las artes, los que se llevan la palma en el negocio de decir su opinión son los escritores. ¿Por qué? Porque por el hecho de trabajar con sílabas, palabras y frases están más preparados para verbalizar una idea, un concepto, un simple adjetivo (lo que no es tan fácil). Esto es lo que yo digo y no digo yo que no, ¿pero acaso los pintores no podemos tener también nuestras ideas sobre las cosas? Pues no digo yo que no y esto es lo que yo digo.

Recientemente, a propósito de una inauguración tuvimos una cena y una reunión cierto número de pintores como Joël Mestre o Teresa Tomás y críticos como

Ricardo Forriols. Estuvimos de acuerdo en que a los pintores nunca se les pregunta qué piensan sobre nada, excepto sobre su propia obra, que es la peor pregunta que cabe hacerle a un pintor, y excepcionalmente de la de otros.

Alguien (yo) sugirió instituir una tertulia en la que participáramos todos y que nos recogieran en el Col·legi Major Rector Peset, sitio que para muchos de nosotros es emblemático. Podríamos hablar de arte en general y de pintura en particular. Según Teresa Tomás de algún otro tema (pero de galeristas no!). En fin, que se trataría de hablar de lo que nos diera la gana sin más gaitas y oye, el que quiera y pueda publicarlo pues que lo publique.

Había interés en el tema de la tertulia pero no sé cómo acabará todo esto. Lo que sí puedo asegurar es que los pintores y artistas tienen cosas que decir.

Ahora, hete aquí que va y el otro día sorprende a Emili Piera opinando sobre pintura (*sobre pintura*, que no *de pintura*, que tampoco es lo mismo). Y yo me digo: atención, por la boca muere el pez (o por la pluma el plumífero, que esto sí que es casi lo mismo). Allí venga y dale, que si Velázquez y Goya y que si Sorolla y Pinazo y que si patatín y que si patatán. Una serie de lugares comunes que tampoco eran necesarios.

La funesta manía de opinar que decía el otro.

En fin, que el final de esta columna está al principio.